

COLOMBIA

Sicarios con cara de ángel

Drogas, pobreza y abandono escolar son el caldo de cultivo de los matones a sueldo infantiles, que ahora rondan los 13-16 años.

COLPISA. Valencia | "Carlos tenía 16 años y 30 muertos en su haber..." Suena como el principio de un cuento, pero el trágico contenido de las palabras no deja lugar a dudas sobre el terrible drama que desvelan. Y continúa el relato: "A todos los mató con un cuchillo, y lo tenía a gala. Se lo clavaba en el pulmón, les miraba a los ojos cuando estaban muriendo, y ahí se sentía como un dios". Carlos es el nombre de un sicario colombiano, y quien da fe de su historia sangrienta es José Luis Mantilla, coordinador del programa de la Fundación Hogares Claret para la atención de niños y jóvenes desvinculados de grupos armados irregulares.

Mantilla sobrecogió a los expertos reunidos en el Foro Internacional "Infancia y violencia" -que se clausura este viernes en Valencia-con su retrato del fenómeno del sicariato, que no por casualidad surge en "un país lleno de contrastes, que se debate entre la justicia y la corrupción" y que alimenta una "visión de caos". En ese marco, la construcción social del adolescente se perfila en "un escenario que justifica la violencia como medio y transmite la idea de supervivencia en una historia construida a pedazos de muerte y dolor".

Y no es sólo cuestión de obtener dinero, añade, aunque se paguen "desde 33 euros a sumas cuantiosas, depende del personaje". También entran en juego luchas de poder entre pandillas y experiencias de guetos culturales que "dan una identidad y cuyo valor, paradójicamente, es la vida. Porque este submundo se mantiene poniendo en juego su vida y la de otros". Así lo ilustra otro caso, el de Daniel, que a sus nueve años se fue a una escuela de sicarios tras engañar a su madre contándole que lo habían contratado en una finca. "Siete años duró la vida en ese oficio: lo balearon una tarde delante de su mamá, arrodillada para implorar inútilmente que no lo mataran".

Cada vez más niños

El propio Mantilla estuvo, de rebote, a punto de acabar engullido en esa espiral de violencia. En 1997 fue tomado como rehén -un compañero recibió 20 puñaladas-en un centro de atención de menores infractores que protestaban por sufrir malos tratos y vivir en condiciones infrahumanas. La revuelta terminó tras conseguir varias promesas de mejoras, pero no se cumplieron y fueron seguidas por una durísima represión que incluso dejó con brazos y piernas rotos a casi una veintena de internos. Las consiguientes denuncias sirvieron para traspasar la gestión del centro a la Fundación Hogares Claret e iniciar una nueva etapa más respetuosa con los derechos humanos.

Hoy, el experto está convencido de que, aunque "los miramos con perspectiva de victimarios, los sicarios son sobre todo víctimas". Víctimas de un contexto social y político favorecido por la precariedad, el bajo nivel educativo, las escasas salidas laborales y las grandes necesidades materiales. "En las calles colombianas hay 15.000 menores, y el 60% apenas tiene otra alternativa que la delincuencia común o los grupos armados", apunta. Y recuerda que se han producido dos grandes novedades desde que el narcotráfico impulsó un auténtico "boom" de los niños sicarios en los años 80. Una, su creciente infantilización: sus edades han pasado de los 15-16 años a los 10-13. Y otra, la incorporación al sicariato de adolescentes acogidos en la última década a los programas de desmovilización, que llegan así con "adiestramiento militar y de insurgencia".

Ilusiones muertas

Muchos lo hacen todavía muy jóvenes, con sólo 15 ó 16 años, en un salto o "regreso" al matonismo que tiene como telón de fondo las drogas (el 49% de los delincuentes y sicarios las consumen), la miseria (el 9% vive por debajo del umbral de la pobreza) y el abandono escolar (48%). Mantilla considera que la mayoría ha quedado desprotegida por el Estado, que "se les ha privado de su derecho a jugar, porque se les han cambiado los juguetes por las armas", y que merecen una oportunidad. Ya lo decía un muchacho en un acto de sensibilización: "Todos ustedes nos llaman sicarios. Pero son ustedes quienes han matado nuestras ilusiones".

Para que las recuperen, Hogares Claret desarrolla un programa con elementos terapéuticos y pedagógicos que se articula en tres fases. La primera, el rescate de la "memoria personal, partiendo de su propia historia". La segunda, la "búsqueda de una nueva identidad" que incluya sentimientos de pertenencia a la sociedad. Y la tercera, la proyección, la "capacidad de desear un futuro", con su correspondiente traducción en metas a corto y medio plazo. El principal problema, el mayor reto, remacha Mantilla, es "la pérdida de valor de la vida". Y la falta de redes de apoyo interinstitucionales, que aumentan el peligro de que reincidan; de hecho, el 24% lo hace.